

« cípios se refugiaban ávidamente en los repliegues intesti-
« nales. »

¿Cuándo se agotará el torrente de injurias que derrama la pluma de Bulnes contra los mexicanos?

Jamás podrá señalar Bulnes las brigadas, los batallones de jefes y oficiales republicanos que se presentaron á recibir el pan caliente de la intervención.

Tras de esa torta irían algunos... han de haber sido positivistas y conciliadores; pero no hubo tal pan caliente, porque la Regencia vegetaba en la miseria, lo que sabe y no dice Bulnes.

Y tan lo sabe, que ha leído á su autor favorito, Niox, que en la pág. 311 de su libro dice:

« Sucedió frecuentemente que las villas ó las poblaciones
« pequeñas, oprimidas por las bandas de guerrilleros, solicita-
« ban la protección de una guarnición francesa para escapar
« de sus violencias; pero á esto se limitaban todas las mani-
« festaciones intervencionistas; Juárez era siempre el Jefe re-
« conocido y obedecido de casi la totalidad del país. *El Go-
« bierno de la Regencia era impotente para constituirse y bas-
« tarse á sí mismo*; para que pudiera funcionar, había sido ne-
« cesario que el General en Jefe (Forey) autorizase emisiones
« de bonos del tesoro, garantizados por Francia, hasta la can-
« tidad de 200,000 pesos mensuales. »

¿Adónde está ese pan caliente cocido por el Sr. Bulnes en los hornos de la Regencia y que atraía á millares de jefes republicanos?

Para sí lo hubiera querido la Regencia que ladraba de hambre y sólo con la fianza de Forey podía sacar del comercio ó de los agiotistas la miserable suma de 200,000 pesos cada mes.

Eso de la esplendidez y puntualidad con que la Regencia pagaba á las clases pasivas, cuando no podía cubrir los gastos precisos de la administración, son delirios del Sr. Bulnes.

En sus continuas alucinaciones históricas vió el Sr. Bulnes muchas divisiones republicanas desertar de su campo; para ir á ponerse á las órdenes de la intervención.

Pero esa novela sólo el Sr. Bulnes la cuenta, pues ni en Niox ni en los periódicos imperialistas de la época, se da cuenta de tales y tan numerosas defecciones.

Con esas brigadas y esas divisiones sometidas á la intervención, hubieran crecido las fuerzas de los aliados de ésta, es decir, de los traidores; pero era todo lo contrario.

Recurro otra vez al mismo autor, al que tan frecuentemente cita el Sr. Bulnes, á Niox, que en la página citada dice:

« La cooperación de las fuerzas aliadas, cuya cifra se elevaba casi á seis mil hombres (divisiones de Mejía y Márquez) era, por decirlo así, nula. El general Forey había creído deber abolir los enganches forzados ó *Levas*, modo de reclutamiento poco moral sin duda, pero el único conocido y aplicado en México; no se tenía, pues, medio alguno de conservar el efectivo de estas tropas, debilitadas cada día por las deserciones. Cerca de Pachuca una compañía se había pasado al enemigo con su capitán al frente; si se hubiesen enviado á la tierra caliente, habrían desertado en masa. Se tenía, pues, muy poca confianza en los soldados, y no se sabía aún cuáles eran aquellos de sus jefes con los que se podía contar. »

Las guerrillas enemigas (las republicanas) mostraban por el contrario una gran energía; sus exacciones les proporcionaban los recursos que necesitaban; dominaban el país por el terror; por todas partes surgían é inquietaban las guarniciones cortas sin empeñarse en un ataque serio. Se reclutaban por todas partes, aun en las poblaciones ocupadas por los franceses, aun en México, donde los liberales, abusando de la protección concedida á las gentes pacíficas de todos los partidos, continuaban en sus manejos hostiles. »

Larga es la anterior inserción, mas era preciso hacerla, porque fulmina, aplasta, destruye cuanto asienta Bulnes en el capítulo intitulado "El período agónico."

Niox es un escritor apasionado que ensalza en demasía á la intervención, y sin embargo no hace mención alguna de esas divisiones que vió Bulnes desertar de la causa republicana para ir á engrosar las filas intervencionistas.

Niox lo dice: no eran tráfugas los republicanos; al contrario, aumentaban en número, obraban con energía y amenazaban las guarniciones francesas; los soldados de Márquez y de Mejía eran los que desertaban y se pasaban á los republicanos.

No hubo, pues, ese pan caliente que ha sido la preocupa-

ción constante del Sr. Bulnes; ni el patriotismo refugiado en los repliegues intestinales, gracias al *generoso y corruptor llamamiento* de Almonte que dice Bulnes.

Sin duda este escritor se refiere al decreto de Almonte sobre el delito de desafección; pues ni ese decreto conminatorio dió adictos al imperio.

Vea el Sr. Bulnes la página 417 del libro de Niox, y allí leerá lo siguiente:

« Castagny ocupó el Saltillo (20 de Agosto de 1864) cuya población se mostró más bien temerosa que mal dispuesta; sin embargo, fué preciso emplear medios de rigor para hacer aceptar á personas notables funciones administrativas.»

Otro rasgón hecho á los repliegues intestinales del Sr. Bulnes.

Mas no crea que yo niego en lo absoluto que hubo algunas adhesiones al imperio. ¿Pero quiénes fueron los tránsfu-gas? Bulnes lo dice así:

« La llegada á México del Archiduque dió un golpe mortal á la causa republicana. Todos los que aun dudaban de las generosas intenciones de Napoleón de dotar á México de un gobierno fuerte y liberal, sin menoscabar su independencia, acudieron al llamamiento del nuevo Emperador.»

No me ocupo de impugnar tanto absurdo, porque supongo que ese párrafo que acabo de copiar, en una de sus frecuentes divagaciones lo ha de haber tomado el Sr. Bulnes de algún periódico imperialista, ó de alguna proclama de Mejía, de Márquez ó de Lozada.

Paso por alto cuanto se dice allí y sigo copiando:

« Los moderados, dice Bulnes, se presentaron casi en su totalidad; era llegada su hora, PORQUE EL PROGRAMA DEL IMPERIO SE INTITULABA..... ¡CONCILIACIÓN!

Tremenda confesión se escapó de la pluma inconsciente del Sr. Bulnes, pero que nos explica por qué este escritor es tan partidario de Napoleón III, del liberal Maximiliano y tan enemigo de los republicanos, á cuyo gobierno llama *falso, tiránico, miserable, jacobino y anárquico*.

El programa de Maximiliano era la CONCILIACIÓN, programa también de los moderados, dice Bulnes.

Evítense ese bofetón que les tira Bulnes los partidarios de la CONCILIACIÓN á quienes no quiero defender.

Yo defiendo á esos republicanos jacobinos que saben que la conciliación era sinónimo de traición, porque jamás puede conciliarse la causa de la patria con una intervención extranjera.

Y dejo al Sr. Bulnes prodigando más insultos á los combatientes por la República y por la independencia.

Al fin, sintiéndose débil en sus apreciaciones, acude á las que hizo D. Manuel María de Zamacona en una carta que dirigió al Sr. Juárez.

Con las paradojas que le son habituales, anuncia pomposamente el Sr. Bulnes la carta en los términos siguientes:

« El Lic. D. Manuel María de Zamacona, con su habitual elegancia de lenguaje, en una carta que le ha sido muy censurada por lo mismo que dice la verdad, tuvo la firmeza de hablar á Juárez en términos hábilmente políticos.»

Es decir que, según Bulnes, la opinión pública siempre condena lo que es verdadero y acepta y aplaude lo falso, lo mentido.

Pues en cabeza propia acaba de aprender Bulnes lo débil de semejante paradoja, viendo que su libro ha sido condenado en la opinión pública, porque no hay en él una sola verdad, y es tan sólo una deformada urdimbre de groseras falsedades.

Esa carta del elegante escritor Don Manuel de Zamacona no es más que el arranque de un tembloroso que, asustado por el avance de las columnas francesas, vió lo mismo que vé hoy Bulnes, perdida la causa de la República y triunfante y consolidado el imperio.

En esa carta que como corroboración de sus dislates imperialistas reproduce Bulnes, el Sr. de Zamacona ya cree que el invasor es dueño del país, aun de los puntos que no ha ocupado, que la intervención ganaba popularidad y se mostraba tan sólida que el hermano del Emperador de Austria y la hija del sábio rey Leopoldo de Bélgica osaban venir á ocupar el trono de México, con crédito tal que los bancos de París y Londres les abrían sus cofres para la realización de un empréstito.

Por el contrario, decía también el Sr. de Zamacona, el

Gobierno de la República perdía terreno, no podía resistir la invasión y la defensa nacional había tomado un carácter anárquico, fecundo sólo en ruinas y mal renombre.

Cosa rara; Bulnes y el Sr. de Zamacona opinaban de distinta manera respecto á la defensa nacional; Bulnes quería la pacificación simulada sin grandes batallas; el Sr. de Zamacona deseaba grandes batallas, que se ganaran todas para que se curara su espanto, y rechazaba la guerra de guerrillas.

¿Por qué Bulnes busca entonces la autoridad del Sr. de Zamacona?

Sin duda porque el Sr. Bulnes ni sabe lo que dice ni sabe lo que quiere.

Si el Sr. Bulnes tuviera un átomo de sentido común, si al juzgar una obra estudiara con serenidad las condiciones morales del autor y las circunstancias en que la produjo, daría á esa obra su verdadero valor.

Más no procede así al juzgar la carta del Sr. de Zamacona y al calificarla como la expresión de un gran sentido político lleno de verdad.

Porque los hechos demostraron que el país no aceptó con verdadera adhesión el imperio, que la hija del sabio rey de Bélgica tiró la corona de su cabeza herida por la locura, que el hermano del Emperador de Austria cayó en el Cerro de las Campanas con la cabeza destrozada por las balas, que los que tomaron parte en los empréstitos del imperio hechos bajo el patrocinio de Napoleón se arruinaron y que triunfó la República bajo el Gobierno del Sr. Juárez.

El Sr. de Zamacona y el Sr. Bulnes lamentan el carácter de la segunda guerra de independencia que sólo dejaba desolación y ruinas.

Pues así han sido todas las guerras de independencia, la de España en 1808, la de México en 1810.

Los guerrilleros eran indisciplinados, crueles, arbitrarios algo bandidos algunos; es verdad, pero la guerra de guerrillas no se hace con monjas.

La resistencia benévola inventada por Bulnes es la única que se puede confiar á seminaristas y á niños finos, alumnos de los jesuitas; pero esa campaña escolástica es uno de los delirios del Sr. Bulnes.

El Sr. Zamacona veía el horizonte negro, decepcionado

por el fiasco que, con Zarco, hizo en San Luis Potosí, luchando con Doblado.

Zarco se separó del Gabinete del Sr. Juárez y emigró después á los Estados Unidos; el Sr. de Zamacona, como todos los que quieren desertar de un partido, hizo la oposición al Sr. Juárez y atribuyó á éste los inevitables desastres que sufría la Nación.

Así se pretende justificar toda desertación.

Nada de esto es capaz de estimar la desencuadrada inteligencia del Sr. Bulnes que con igual ligereza concede una gran previsión política al Sr. de Zamacona, que otorga el calificativo de régimen liberal al absolutismo de Maximiliano.

Por eso dice Bulnes, con ese magistral aplomo que le es propio que Maximiliano ofreció un régimen liberal y lo cumplió rechazando brutalmente á los reaccionarios al inaugurar su reinado.

Ni siquiera comprende el viejo político, el sabio, el sociólogo Don Francisco Bulnes lo que es régimen liberal, ni es verdad que Maximiliano lo haya implantado con rechazar á los reaccionarios.

Un gobierno cuyo jefe legisla, ejecuta y juzga sin regirse por una constitución, por un estatuto, por una ley orgánica cualquiera no es un gobierno liberal.

Y Maximiliano, al inaugurar su reinado, adoptó como régimen de su gobierno el absolutismo más despótico que pudo verse en el Siglo XIX, después del de Fernando VII en 1824.

Era legislador según su voluntad soberana; administraba sin ley de presupuestos y disponía á su capricho del tesoro mexicano. Todo esto lo sabe Bulnes.

Tampoco representaba Maximiliano la Reforma; Napoleón III fué quien ordenó que subsistiera la nacionalización de los bienes del clero y Maximiliano no se atrevió á contrariar lo dispuesto por el Emperador de los franceses, desde que Forey ocupó la capital.

Ni es cierto que la parte más sólida y trascendente de la Reforma sea la desamortización: hay en la Reforma algo más radical é importante.

Urgía, sin duda, quitar al clero, en 1860, los bienes con que hacía años fomentaba la guerra civil estorbando el pro-

greso, manteniendo la anarquía y ensangrentando el suelo de la patria.

Pero también urgía consolidar los demás principios de la reforma con los que el partido liberal, el verdadero, el legítimo, el honrado, el autor de la Reforma y salvador de la Patria, el *jacobino* en fin, aunque se retuerza de rabia el Sr. Bulnes, quería acabar con el catolicismo, ese cáncer de los pueblos latinos que los corrompe, los enerva y los hace refractarios á la civilización.

Maximiliano no pudo llamarse reformista cuando hizo del catolicismo la religión del Estado, toleró el culto público con todas sus farsas y mojigangas y dejó subsistir las comunidades religiosas, entre ellas la más odiosa, la de los jesuitas y las más infames é irritantes, las de monjas, esas infelices mujeres que sugestionadas por un clero fanático y medioeval eran condenadas á una prisión perpetua donde vivían atormentadas por un histerismo místico y morían en la desesperación.

¡Maximiliano liberal y reformista! eso sólo pudieron decirlo el Regente Arzobispo Labastida y el sociólogo Sr. Bulnes, partidario de la conciliación.

Con verdadera delectación continúa Bulnes *haciendo historia*, contando á su manera los desastres que sufrió la República en aquellos años terribles; pero cuidadosamente omite hacer resaltar con cuanto heroísmo y con cuanto valor se batieron los republicanos vencidos por la superioridad del enemigo.

Reproduce Bulnes un largo párrafo de la *Historia militar del Gral. Díaz*, haciéndolo preceder de un comentario suyo, y como suyo tonto y absurdo.

Dice Bulnes:

"El estado de la opinión á la llegada del Archiduque tenía que reflejarse en las operaciones militares y *demacrarse hipocráticamente el aspecto ya lívido de la resistencia republicana.*"

Y á renglón seguido inserta el párrafo de la obra citada, en el que se mencionan las causas que motivaron la rendición de Oaxaca.

Es uno de tantos anacronismos que tiene á su disposición el Sr. Bulnes para urdir sus lucubraciones históricas.

Dice Bulnes que á la llegada de Maximiliano la opinión se reflejaba en el mal éxito de las operaciones militares, como la capitulación de Oaxaca.

De suerte que, según Bulnes, la capitulación de Oaxaca, que tuvo lugar el día 8 de Febrero de 1865, tuvo una influencia fatal en la opinión al entrar Maximiliano á México el día último de Mayo de 1864. ¡Sublime es el Sr. Bulnes con sus saltos mortales hacia atrás!

Es decir, que la resistencia republicana, afirma Bulnes, en Mayo de 1864 se demacró hipocráticamente y tomó un aspecto lívido por la pérdida de Oaxaca que iba á efectuarse en Febrero de 1865, diez meses después.

El Sr. Bulnes, siempre ligero, insustancial é ignorante, desconoce enteramente el estado de la opinión pública en 1864 y la tenacidad de la resistencia nacional en 1865.

Entérese el Sr. Bulnes de un hecho que demuestra cuán levantada estaba la opinión pública en 1864.

Ese hecho pasó, no en una ciudad lejana, sino en México, en la misma Capital ocupada por 20,000 franceses, gobernada por el regente Almonte y en el mismo mes en que iba á llegar Maximiliano.

Con la cara roja de vergüenza el Homero de Napoleón y de Maximiliano, Sr. Bulnes, debe leer lo siguiente:

EL 5 DE MAYO DE 1864, ANIVERSARIO DE LA DERROTA DE LOS FRANCESES EN PUEBLA, AL AMANECER, APARECIERON CUBIERTAS DE FLORES LAS CALLES QUE LLEVAN POR NOMBRE ESA FECHA GLORIOSA.

A las 10 de la mañana cruzó por las calles de Plateros una gran comitiva de Señoras y de Señoritas, todas vestidas de negro y llevando una banda roja al pecho y coronas de flores en las manos.

El pueblo se aglomeró á su paso, silencioso, pero terrible, resuelto á defender á aquellas damas si los soldados franceses osaban atropellarlas.

Llegó la comitiva al Panteón de San Fernando, las damas depositaron coronas y flores en la tumba de Zaragoza y la reunión se disolvió al llegar un gran número de policías.

Los franceses no osaron estorbar aquella patriótica ma-

nifestación; se limitaron á acuartelarse y á organizar fuertes patrullas que recorrieron las calles de la ciudad.

Puede que la lección anterior no modifique las opiniones imperialistas del Sr. Bulnes; sin embargo voy á mostrarle el estado de la defensa nacional en 1865.

Esa resistencia republicana ni estaba *livida* ni la había *demacrado hipocráticamente* la opinión pública.

Oaxaca había sucumbido, es verdad, pero después de una resistencia gloriosa.

Seis meses tuvo que emplear Bazaine en preparar la invasión del valle de Oaxaca y en sitiar la capital del Estado.

Desde el mes de Julio de 1864 hizo Bazaine marchar al General Brincourt con dos batallones á ocupar á Huajuapán donde acampó el 1º de Agosto del mismo año, á la vez que el coronel Giraud pasaba por Teotitlán y llegaba á San Juan de los Cües dejando á su espalda muchas guarniciones.

El General Porfirio Díaz que operaba en la línea de Huajuapán, marchó rápidamente hacia Teotitlán y atacó á la guarnición francesa de San Antonio, derrotándola.

Al mismo tiempo su hermano el Coronel Félix Díaz destrozaba á otra compañía del 7º de línea situada en la hacienda de Ayotlá.

Habiéndose reunido el 17 de Agosto el General Brincourt con el coronel Giraud intentó atacar á Nochistlán; pero retrocedió ante la actitud imponente del General Díaz, situado allí con todas sus fuerzas.

Lentamente fueron avanzando los franceses recibiendo cada día nuevos refuerzos y mucha artillería, la mayor parte de sitio.

"El hermano de Porfirio Díaz, dice Niox, mandaba además un cuerpo de 700 caballos; ambos hermanos desplegaron la mayor energía y no retrocedieron ante consideración alguna para organizar la resistencia."

Ya verá el Sr. Bulnes que según afirma un capitán del Estado Mayor francés la resistencia nacional no presentaba signos *hipocráticos* de muerte.

"Como las demostraciones de las columnas francesas, dice Niox, y los preparativos del sitio no parecían obligar á Porfirio Díaz á abandonar á Oaxaca, el Mariscal Bazaine se resolvió á tomar la dirección de aquella operación, cuya

"importancia se manifestaba cada día más y más. Preparó el envío de nuevos refuerzos y llevando consigo algunos escuadrones recorrió en doce días las ciento veinticinco leguas que sepeñan á México de Etna, donde se reunió con el General Courtois d' Hurbal el 15 de Enero de 1865."

El fin de aquella campaña ya lo conocemos.

Después de sufrir durante 7 días un formidable bombardeo, cuando se habían agotado los elementos de defensa y se notaban en la pequeña guarnición señales de desaliento, el Gral. Díaz se entregó prisionero y la ciudad fué ocupada por los franceses.

Esto lo sabe el Sr. Bulnes y lo cuenta satisfecho con el triunfo de los imperialistas.

Pero lo que no sabe el Sr. Bulnes es que con la toma de Oaxaca no quedó pacificado el Estado ni murió *hipocráticamente* la resistencia republicana.

Habían quedado en pie dos terribles combatientes, Félix Díaz y el Gral. Figueroa.

Félix Díaz desde principios de Enero de 1865 había recorrido el país á grandes distancias inquietando la marcha del convoy de cada cuerpo francés que se dirigía á Oaxaca.

Atacó á Tehuacán, á Huajuapán y se replegó á Teotitlán hasta la caída de Oaxaca, retirándose entonces á la Sierra de Ixtlán, á dar algún descanso á sus valientes guerrilleros.

Figueroa hacía entre tanto otra campaña más feliz.

Habla Niox.

"Figueroa, con sus contingentes, dominaba siempre el país al nordeste de Teotitlán. Su cuartel general estaba establecido en las montañas vecinas de Huehuetlán.

"El General Mangin quiso destruir ese centro de resistencia. El 15 de Marzo (1865) en la mañana, después de una marcha muy penosa durante la noche, de trece leguas, atacó las alturas de Huehuetlán; las primeras posiciones fueron rápidamente ocupadas, pero una bruma espesa vino á paralizar el empuje de los asaltantes y permitió el enemigo batirse en retirada."

¡Hasta la bruma era enemiga del imperio y como las nubes de la Iliada, envolvía á los combatientes favorecidos por los Dioses y los libraba de la derrota!

Y en ese período que llama agónico el Sr. Bulnes, porque

sólo menciona algunos hechos infaustos cuidadosamente por él escogidos, la resistencia no sólo continuaba en Oaxaca, sino en toda la República, menos en Guanajuato y Querétaro, encerrados por los franceses en un círculo de hierro.

La Huasteca, á fines de 1864 y en el curso de 1865, estuvo en plena insurrección.

El 8 de Diciembre de 1864 las guerrillas republicanas se apoderaron á viva fuerza de Zacatlán.

Quiso entonces Bazaine recobrar aquella posición; he aquí cómo cuenta Niox la derrota que entonces sufrieron los franceses:

« Se ordenó á los comandantes de las guarniciones francesas de Tulancingo y San Juan de los Llanos, que apoyasen á las guardias rurales. Zacatlán fué recobrado el 27 de Diciembre de 1864; sin embargo, el capitán Hurtel, comandante superior de Tulancingo, se excedió de las intenciones del comandante en jefe; al frente de cuatro compañías del 2º de zuavos intentó una expedición al corazón mismo de la Sierra de Huauchinango. El 28 de Enero, (1865) atacó al enemigo en la garganta de las Tres Cruces, y después de haberlo desalojado de esa posición, se dirigió hacia Pehuatlán; los guerrilleros ocupaban entonces todas las crestas de las montañas vecinas é hicieron sobre la columna francesa un fuego de fusil tan mortífero, que ésta tuvo que retroceder. La retirada se hizo bajo una lluvia de balas, pero con calma y buen orden, como convenía á esos vigorosos soldados cuyo valor tantas veces había sido probado; cuatro oficiales y ocho zuavos cayeron mortalmente heridos, un oficial y veintiseis hombres fueron heridos; el destacamento se detuvo en la boca de la barranca y después entró, en medio de la noche, á Acazuchitlán.

Al leer lo anterior, debía decirnos el Sr. Bulnes quiénes, en ese combate, estarían lívidos y demacrados *hipocráticamente*, si los guerrilleros mexicanos ó los zuavos.

Yo creo que los últimos, con todo y la llegada del Archiduque, que según Bulnes, dió un golpe mortal á la causa de la República.

Pero voy todavía á copiar otro pequeño trozo de la obra de Niox, para que, al leerlo, sepa el Sr. Bulnes qué origen tuvieron esas que creyó defecciones de algunos jefes.

« El 17 de Febrero (1865) un destacamento austriaco y una pequeña columna francesa, se apoderaron igualmente de Zacapoaxtla, donde el enemigo había tomado posiciones; pero al mes siguiente, cincuenta hombres cayeron en una emboscada de Xochiapulco; murieron veintitrés hombres y los demás quedaron prisioneros. (19 de Marzo de 1865.) Fué necesario reanudar las negociaciones con los jefes enemigos; se terminó un armisticio y se enviaron los prisioneros á Tulancingo el 6 de Abril.

« Esta suspensión de armas, cuya duración fué de muchos meses, corresponde á un período de gran tranquilidad en las provincias centrales de México.»

Todo lo anterior es claro, preciso y demuestra que durante los años de 1864 y 1865, la resistencia nacional fué tenaz, constante y vigorosa, á pesar de las derrotas que sufrían los republicanos.

El mismo Niox confiesa que ni los franceses ni los austriacos pudieron sojuzgar la Huasteca; que en aquella serranía tuvo Bazaine que entrar en arreglos con los Jefes republicanos, pactando un *armisticio*, que duró muchos meses.

No es exacto, pues, lo que dice Bulnes, que en la Sierra de Huauchinango, el Gral. Cravioto se sometió á la Intervención con todas sus fuerzas.

Cravioto, Ugalde y los demás Jefes que ocupaban la Huasteca obligaron á la Intervención á convenir en una suspensión de armas, sin rendirse y sin entregar las suyas. Aquellos pueblos que tanto habían combatido necesitaban algún descanso para volver á luchar, como lucharon después.

Con el mismo procedimiento, empleando las tintas más negras de su paleta, habla Bulnes del estado de la guerra en Michoacán y en la frontera del Norte.

Y para demostrar lo débil de la campaña del Ejército del Centro, Bulnes cita lo que dijeron Riva Palacio, el Coronel Jesús María Guerra y Hans, sobre lo agotado de la defensa nacional en Michoacán.

Yo no puedo narrar la campaña de Michoacán, tan larga, tan heroica, tan tremenda, que cansó á las columnas fran-